

Pachacámac: su ubicación en el tiempo y en el espacio.

Revuelo han causado entre los estudiosos de nuestra Historia los últimos descubrimientos realizados en Pachacámac. El milenario Santuario, destruido por la acción del tiempo y por la codicia de los hombres, aparece hoy como una de las más grandes incógnitas en la Historia del Perú. De los hallazgos que allí se efectúen saldrán serias rectificaciones a teorías hasta hoy acreditadas. Es que las ciencias auxiliares de la historia, aplicadas al campo virgen de nuestro pasado, darán más de una sorpresa, modificando conceptos de una cronología cultural, basada en tradiciones, leyendas y hallazgos superficiales. No es culpa de nuestros hombres, es obra de nuestro clima espiritual, que también en la esfera de las ciencias aplicadas, vive con un desgraciado retraso de varias décadas.

Hasta hoy los mayores conocimientos de nuestra protohistoria son debidos a las Crónicas y Relaciones, “desenterradas”, en loable esfuerzo, de archivos y bibliotecas. Su difusión—obligadamente escasa en un medio como el nuestro, listo a cercenar todo esfuerzo desinteresado y destañido de sectarismo—ha sido sin embargo suficiente para despertar inquietudes que seguramente nos llevarán a forjar una nueva conciencia histórica.

Resucitadas las Crónicas, estamos en posesión del dato; falta ahora su constatación y rectificación. Estas sólo pueden hacerse a la luz de nuevas ciencias que lean en la tierra el pasado de los pueblos. Es por esto que creemos en el porvenir de la arqueología peruana. Pero no en una “arqueología estática” que a los antiguos datos, acumule nuevos. El porvenir es de la ciencia que conectando hechos y constataciones, nos dé una visión panorámica, orgánica e integral del fantástico pasado de nuestro pueblo. Sólo así se puede hacer Historia, que es enseñanza y mensaje del pasado.

PACHACAMAC EN EL TIEMPO.

Puede significar este término “Creador del Mundo”, “Conservador del Mundo” y, por otra parte, el que anima al tiempo, le da valor, lo adapta a las necesidades. Sin embargo la palabra se usa, con mucha razón, casi exclusivamente en su primer significado. “Patsakamax es el conservador del mundo” dice Tschudi.

A diferencia de Kon y de Wiracocha, Pachacámac no es un creador increado. En las diversas leyendas se le representa, ya como hijo del Sol y de la Luna, ya como hijo de Kon. En el concepto de los Incas, que no querían reconocer ninguna autoridad superior al Inti, era Pachacámac, hijo del Sol y de la Luna; sin embargo lo consideraban como un dios poderoso al que ellos mismos mostraban la mayor veneración.

El jesuíta Luis de Teruel ha referido la leyenda de Pachacámac, de la manera más completa y a la vez menos conocida. Fué compañero de viaje del célebre visitador eclesiástico Joseph de Arriaga, cuya obra sobre la idolatría de los Indios tiene excepcional importancia. La obra de Te-

ruel "Contra Idolatriam", desgraciadamente no publicada, ha sido conservada por el P. Calancha, quien la incorpora en su "Crónica Moralizada".

La leyenda es ésta: "En el principio del mundo no habían suficientes alimentos para mantener a los dos seres humanos, un hombre y una mujer, que habían sido creados por Pachacámac. Habiendo ido un día la mujer a buscar algunas hierbas y raíces entre las espigas, levantó los ojos al Sol y en medio de amargo llanto y sollozos le rogó que la librara de su situación tan desesperada y que antes que la dejara abandonada a su sufrimiento, la matara con un rayo. El Sol contestó con bondad a la mujer, la tranquilizó y le mandó que continuara buscando raíces. Mientras ésta daba cumplimiento a la orden, el Sol la cubrió con sus rayos, la fecundó y resultó preñada, dando a luz a los cuatro días un hijo, con gran contentamiento suyo, pues así esperaba llevar en adelante mejor vida. Indignado Pachacámac de que la mujer rindiera al Sol desde ese momento, la adoración que reclamaba para sí, y que, a causa del niño, habría de ser él tratado con menosprecio, se lo arrebató a la madre, a pesar de su resistencia y de sus gritos; y como ésta pidiera auxilio al Sol, como padre del recién nacido y padre también de Pachacámac, éste hizo pedazos a su medio hermano, en tanto que la madre pedía venganza al Sol. Entonces Pachacámac, a fin de evitar que en lo futuro se pudieran quejar a su padre el Sol, de no haber querido crear medios de subsistencia, para que nadie más a él (el Sol) se le rindiera adoración suprema, sembró los dientes del victimado, de los que salió el maíz; después sembró las costillas y huesos, de los que brotó la yuca y de la carne salieron las calabazas, los pacaes y los demás árboles y frutas; de manera que hubo recursos en abundancia y la tierra de los Incas no tendría jamás motivo para temer una hambruna. Pe-

“Al tener noticias Wichama de que Pachacámac se había ocultado, montó en cólera y destruyó los campos por el fuego, haciendo objeto de su despecho a los habitantes de Vegueta, por creerlos complicados en la muerte de su madre. Sin escuchar ninguna justificación ni disculpa, invocó a su padre el Sol y le rogó transformar estos hombres en piedras, lo que se realizó inmediatamente. Al ver transformados en piedra a los hombres que había creado Pachacámac, y a éste hacerse invisible, el Sol y Wichama se arrepintieron de la venganza que tan apasionadamente habían ejecutado, y no pudiendo rehacer lo sucedido, resolvieron ofrecer satisfacción a los seres transformados en piedras, declarando que los curacas y principales y más valerosos hombres del pueblo eran divinidades, y llevándolas a la Costa y a la orilla del mar. A los primeros se les debía venerar y adorar como a Wakas y a los demás se les trasladó a la orilla del mar, donde existen en forma de peñas, crestas rocallosas y cabos, tocándole el puesto de honor al Kuraka Anat, que había sido el más poderoso de esos hombres y que reside en una roca solitaria del mar, distante una legua de la playa y que hasta ahora es objeto de veneración por parte de los indios. Los que fueron declarados wakas debían ser objeto del culto correspondiente, ofreciéndoles todos los años como sacrificio, placas de plata, chicha, víveres. Y de esta manera se trató de aplacar a los males de todos ellos”.

¿Cómo explicar entonces el origen de los hombres? Como quiera que después de este acto contemplara Wichama el mundo desprovisto de hombres y que no había quien adorara al Sol ni a la wakas, rogó a su padre el Sol que creara nuevos hombres. Inti dejó entonces caer del cielo tres huevos: uno de oro, otro de plata y otro de cobre. Del huevo de oro salieron los kuracas y los nobles que se llaman de segunda clase; del huevo de plata las mujeres nobles y del

huevo de cobre el bajo pueblo, llamados mitayos, así como sus mujeres e hijos.

Esta leyenda de los tres huevos, generadores de la especie humana, nos la trasmite el P. Calancha y el predicador Avendaño, cuya obra, sumamente rara, se intitula “Sermones de los Misterios de Nuestra Santa Fé Católica, en lengua castellana y la General del Inga”.

Como se ve el Sol fué el creador del Mundo y Pachacámac, hijo suyo. Pero su poder creador eran muy imperfecto, puesto que descuidó proveer a los hombres de los medios de subsistencia; así que de la primera pareja humana que se creó, el hombre se murió de hambre. Pachacámac desapareció para sustraerse a la venganza de su hermano de padre, Wichama, a cuya madre había dado muerte, permaneciendo desde entonces invisible. Así se explica que en las leyendas incaicas Pachacámac figura como dios invisible y que se le adore como a tal; y que, según la relación de varios cronistas, no se hubieran hecho representaciones ni estatuas de él, ni tampoco se le hubiera construído ningún templo, lo cual no es exacto como luego veremos.

El poder limitado del Sol y de Wichama está dado por el hecho de que ninguno de ellos puede deshacer lo hecho. Ambos crean, el Sol con más poder que Wichama; ambos destruyen, pero ninguno puede rehacer lo destruído por su propia mano. Nada dicen las leyendas de las suerte que corrió Wichama, el que desapareció de la escena legendaria. En el sitio en que Pachacámac desapareció para siempre, en el mar, se elevó un templo grandioso.

Resalta de por sí la pregunta de cómo es que la suprema divinidad de los yungas sea designada con un nombre cuyos componentes pertenecen al quechua más puro. Dn. Fernando de Santillán nos dá la respuesta. En los tiempos antiguos, antes de que los yungas entraran en contacto con

los Incas, el valle en el que estaba el templo de Pachacámac se llamaba Irma. Esta palabra quizás entraña en la lengua yunga la idea de conservador o creador del mundo, por lo que se había aplicado el nombre a todo el valle, lo que sucedió después con la denominación de Pachacámac. La divinidad Irma era conocida hasta en las más apartadas regiones; de todas partes concurrían al valle, y ofrendaban en el templo sacrificios y presente, porque era un dios oráculo, tenido en gran estima y que daba respuestas infalibles a las preguntas que se le dirigían. Es muy natural que la fama de esta divinidad se extendiera de nación en nación y que así penetrara en las comarcas interandinas, llegando a conocimiento de los Incas. Relata después el cronista lo que cuenta la leyenda que ocurrió a la madre de upac Inka, cuando lo llevaba en su seno y la forma como este emperador se dirige al valle de Irma y rinde tributo de adoración al dios Pachacámac, ordenando se le construya un gran Palacio real y una casa de mujeres destinadas al culto. Aquí quizás se encuentre el origen del Templo de Pachacámac y el de la Mujer de Pachacámac.

Pero fué el Inca Pachacútec quien extendió la conquista del Imperio por la costa central del Perú, incorporándola al territorio del Tawantinsuyu. Para Garcilazo, el Inca no tomó parte en la conquista, sino que encargó de élla a su hermano el general Capac Yupanqui, quien parece no tenía muchos deseos de atacar a Cuzimanco, curaca de estas regiones, el que se preparaba a resistir, por lo que le hizo proposiciones para negociar pacíficamente. Es de suponer que este acto se realizó por orden expresa del Inka, al que le repugnaba interiormente entrar en lucha con una nación cuya divinidad suprema tenía la misteriosa virtud de predecir el porvenir y que daba respuestas inerrables a las preguntas que se le dirigían. Este temor era tanto más natural cuanto

que los habitantes de la Costa eran tan valientes como fanáticos en la adoración de su dios, y que podría resultar una guerra dilatada y obstinada. Tschudi no opina con Garcilazo sobre el sentido de las negociaciones; ya que las condiciones señaladas por el autor de los Comentarios Reales, son las impuestas a un pueblo vencido. Lo que saca en conclusión dice el historiador extranjero citado es que, conforme con otros cronistas, la guerra fué larga y penosa, sometién-dose los yungas después de que el Inca promulgara una ley, declarando a Pachacámac como el dios invisible, creador del mundo y suprema divinidad, a la que correspondía mayor veneración que al Sol, pero esto, dice el mismo autor, sólo pudo suceder en un tiempo en que el culto del Sol era observado, por los mismos Inkas, con menos celo que en los siglos precedentes. Esto es perfectamente explicable si se tiene en cuenta que los antiguos peruanos no se cuidaron de establecer marcada diferencia entre sus divinidades antropomorfizadas y las wakas corrientes, adoptando el mismo término para designar a sus más altas dignidades a la vez que a los abortos de la naturaleza y a todo lo que aparecía en forma extraña. Es por esto que su sistema religioso reposó en bases poco seguras y el culto de las wakas fué poco considerado. Todo el sistema religioso de los peruanos tawantinsuyanos adolece de falta de ordenación lógica y bien combinada. A medida que se profundizan estos estudios, salta a la vista que sólo consiste aquel sistema, en una obra remendada con retazos de diversos colores, como tenía que resultar por efecto de las mayores conquistas y asimilación de elementos heterogéneos. Ni los Incas ni el clero estaban en condición de condensar las opiniones religiosas en un sólo cuerpo medianamente ordenado, puesto que los intereses dinásticos y políticos se sobreponían siempre a los del culto.

El nombre quechua de Pachacámac se explica porque

el Inka tenía que presentarse ante su pueblo con la divinidad de los yungas, y asignarle un puesto culminante en el culto nacional, estaba, pues, hasta cierto punto, obligado a darle un nombre que fuera comprensible para los quechuas y que lo hiciera popular; por eso se introdujo como el creador o conservador del mundo a Pachacámac, nombre quechua, en vez de Irma.

Para el Dr. Urteaga, es este el momento en que surgen nuevos elementos en Pachacámac: los Templos al Sol y la Luna y el ídolo de madera negra que sería después destruído por los españoles. Se lee en "Bocetos Históricos". "Pero llegó la ola conquistadora de los quechuas; el Hijo del Sol, salido de las serranías, se presentó en Pacha-Camacc. El señor de estos valles, Cuyus-Mancu, fué vencido por el Inca Pachacútecc, que apenas reconoció como tributario a su vencido. Inteligente y astuto el Inca, comprendió la profunda convulsión que provocaría la persecución a los cushipatas (sacerdotes de Pacha Camacc); respetó el culto del dios único y, sólo exigió que se elevara, cerca del antiguo Santuario, un templo al Sol y una casa de Mamaconas. Construídos los edificios los engalanó de un modo ostentoso, y provocando la adoración al Sol, al que hizo padre de Pachacámacc, debilitó el culto de esta deidad, demasiado abstracta para rivalizar con la novedosa e impresionante religión heliaca. Fué entonces que los sacerdotes de Pacha Camacc, en el afán de conservar el antiguo culto, dieron a su dios forma corpórea y arreglaron un grosero ceremonial. La sala desnuda, habitada por la divinidad invisible, albergó a un ídolo de madera, horroroso, ante el cual se sacrificaban víctimas y se hacían sortilegios. El culto se había bastardeado, y el influjo de la religión solar quizás si lo hubiera extinguido, pero sobrevino un cataclismo histórico, que desterró las divinidades indígenas, convirtiendo sus santua-

rios en tumbas y las moradas de sus devotos en ruinas: era la Conquista”.

Lo que llama la atención de este ídolo es el hecho de ser de madera, no así su horripilante figura, cosa sumamente común en los primeros peruanos. Los ídolos mayores, que con frecuencia tenían una altura de dos metros, y a veces más, eran, por lo general, de piedra y consistían en monolitos naturales de forma extraña o labrada de la manera más burda. Es cosa que llama la atención ver cómo los primitivos peruanos quedaron en materia de escultura en tanto atraso, con respecto a los pueblos de Centro América y Méjico, mientras que en las artes del tejido, cerámica y trabajos en metales preciosos manifestaron una sorprendente habilidad.

Parece que mientras un ídolo era más feo y más repulsivo el pueblo lo consideraba tanto más venerable, eficaz y poderoso. Varios cronistas que tuvieron ocasión de contemplar estas huacas, no podían expresar en toda su fuerza la impresión que su vista les causara. Es muy curioso observar que los peruanos incaicos sólo podían dar creación a lo feo y lo deforme, de tal manera que el arte plástico en piedra, jamás pudo tomar vuelo superior alguno, y que, en ninguna época del Imperio de los Incas, pudo notarse a este respecto el menor perfeccionamiento. Los escultores incas se han mantenido constantemente—es expresión de Tschudi—en el último grado del oficio de picapedreros; pues las piedras polígonas y bien pulidas que preparaban para sus palacios, templos, etc. si bien atestiguan paciencia y dedicación, carecen en absoluto de destreza. Hacia falta la escuela, el gusto y el sentido de lo bello, a lo que venía a agregarse la falta de herramientas convenientes, que tenían que suplir por la costumbre y la práctica constante.

Si se pregunta de qué proviene que los operarios plás-

ticos peruanos hayan siempre adoptado caras y caricaturas feas y casi repulsivas, para representar figuras humanas, se encuentra tan sólo la respuesta en el hecho de que el culto de las wakas era la causa de ello. Es por esto que el ídolo de madera negro, al igual que sus similares era profundamente repulsivo, a decir de Miguel de Estete.

PACHACAMAC EN EL ESPACIO.

Muchos creyeron que los monumentales estudios hechos por el Profesor Uhle, en Pachacámac, y que tan valiosos datos aportaron para el conocimiento de las culturas del Litoral, el orden en que se han sucedido y la relación en que estuvieron con las de la Sierra, constituían la última palabra en materia de investigación arqueológica con respecto al célebre Santuario.

En efecto, nada hacía sospechar siquiera que, a cierta profundidad se iban a encontrar, varias décadas después, las expresiones de una antiquísima cultura lítica.

El meritorio esfuerzo de las autoridades del Museo de Antropología ha puesto sobre el tapete nuevos elementos de crítica que reabren la discusión sobre la procedencia y antigüedad de las culturas en el Perú.

Los elementos conocidos y la realidad visible, sólo nos hablaban de tres grandes monumentos arqueológicos en las ruinas de Pachacámac: el Templo del Sol, el de La Luna y el de Pachacámac. Además se podía apreciar los restos de la antigua ciudadela y sectores del camino epi-mural, que partiendo de Pachacámac se interna hacia la Sierra. Pero hoy estos datos han sido superados por nuevas constataciones que abren incógnitas, aún no resueltas, a la investigación arqueológica.

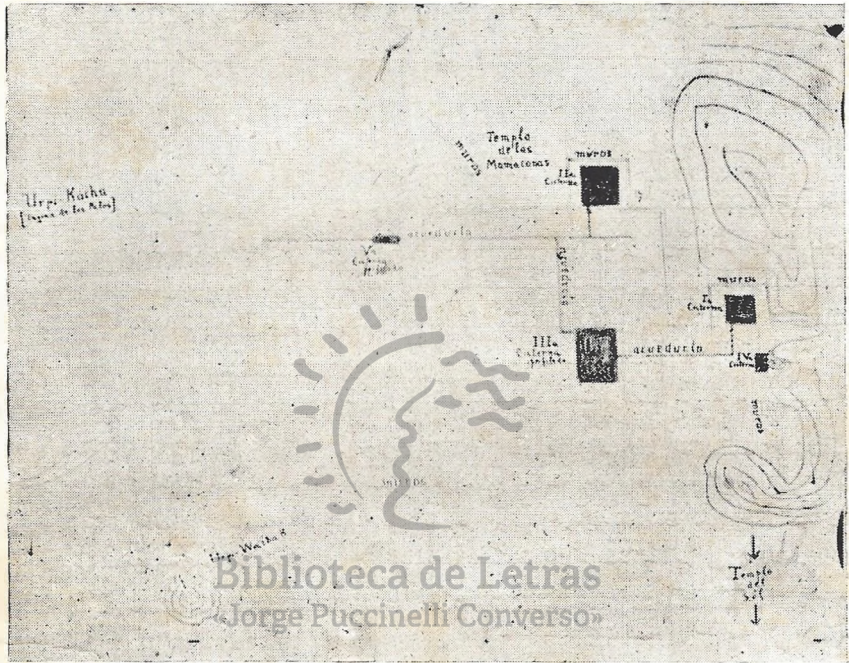
¿Cuál es la historia de los nuevos descubrimientos? Nadie más autorizado para hacerla que el mismo Dr. Julio Tello, a quien se deben los últimos hallazgos; y para ello nos remitimos a algunas de sus recientes declaraciones a un periódico local:

“A mérito de una Resolución Suprema los trabajos fueron iniciados el 13 de mayo con 15 obreros. Este número, variando de acuerdo con las necesidades y perspectivas, llegó más adelante a 40”.

“En primer término nos dedicamos a explorar y aclarar lo ya conocido. Utilizando las experiencias adquiridas al explorar ciudades como Cochabamba, Huánuco Viejo, Chanchán, La Barranca y teniendo a la vista la documentación histórica, determiné la ubicación de algunos edificios principales, reconstruí con la aproximación posible, el plano de los cercados y barrios y recorrí en una considerable extensión el curso del gran camino epi-mural”.

“El 18 de mayo, mientras los obreros limpiaban la falda norte del Templo del Sol, donde hemos encontrado ricas acumulaciones de fragmentos de alfarería incaica, practiqué una inspección en una plaza que a mí siempre se me había presentado como misteriosa. Me refiero a la que Uhle designa como “El Campamento de los Peregrinos”. Caminando por el lado occidental de esta explanada, por entre los mullares que cubren unas estructuras que parecen haber sido viviendas, hallé entre la basura una piedra pequeña, tallada al estilo de los sillares claviformes del Cusco. Un examen cuidadoso me reveló que allí había estado la mano y el arte inconfundibles del Cusco. No había error posible. Es más, tuve la intuición de que estábamos ante algo no sospechado”.

“Pero había que buscar la evidencia. Al día siguiente practiqué en una zona que tenía como centro el punto del



Ubicación de los monumentos en Pachacamac

hallazgo, un ataque de exploraciones de prueba que yo llamo “a pico de perdiz”: esto es, picadas como las que hace esta ave para descubrir las papas bajo tierra. Lo de siempre. Unas fracasaron. Los elementos aportadas por otras reforzaron lo que yo presentía. Coloqué a 10 obreros en los puntos más sospechosos. Antes de media hora estaba en posesión de un muro de piedras labradas en el corazón mismo de un edificio. Sobre él se habían levantado las superestructuras de adobe, visibles. Pronto quedó a la vista una preciosa cámara construída con sillares líticos de estilo Cusco y una escalinata de acceso. Todo esto en el centro de un montículo que se halla frente a lo que para mí es el Templo de La Luna y para Uhle el Templo de Pachacámac”.

“En cuanto al hallazgo de los acueductos diré, que en el corte de un montículo practicado hace poco por los que construyeron el camino para automóviles se encontró las huellas manifiestas de una construcción que se internaba bajo las gruesas capas de basura. Esto llevó, mediante sucesivas búsquedas a lo largo de la muralla que limita el Norte y el Oeste de las ruinas, a encontrar un acueducto. Nos pareció que se alimentaba en la parte alta del río Lurín y pudimos comprobar que se internaba hacia el grupo de edificios que Uhle llama las Mamaconas. La cantidad de material que había que remover, nos obligó a dejar eso por el momento”.

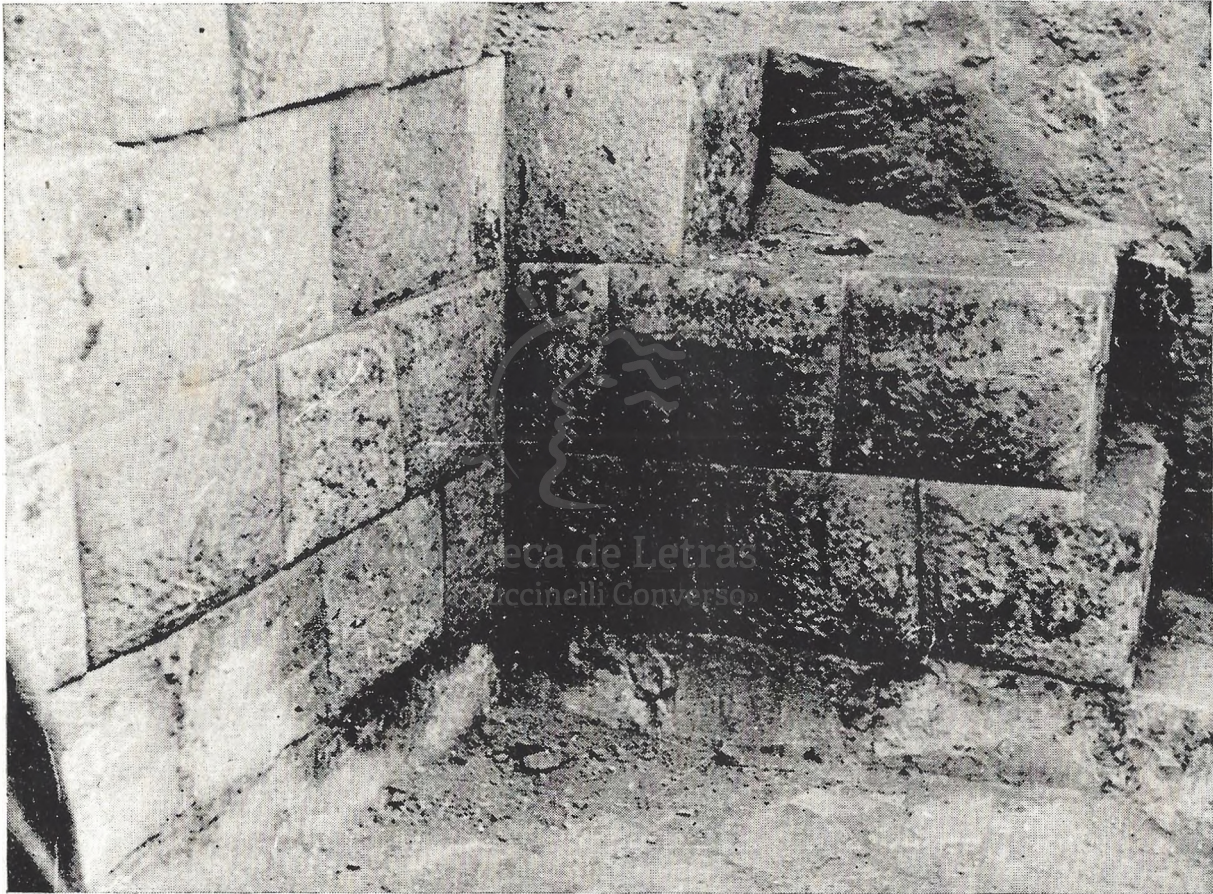
“El 5 de junio, acompañado por un peón conocedor del terreno, exploré pequeñas hoyadas que existen justamente donde terminan las ruinas y comienza el terreno cultivado. En este lugar después de observar que en la grama había huellas claras de senderos recientemente traficados, encontré un puquio oculto por arbustos. Aunque a primera vista parecía no haber sido objeto de trabajo humano, hice varias “picadas de perdiz” para ver si era el terminal de los acueductos que ya habíamos visto. Empeñados en esta bús-

queda, trabajando en un terreno cada vez más extenso, hallamos por fin una cisterna, acueductos referentes de ésta y hermosas galerías que se encaminan hacia el centro de las ruinas bajo una enorme capa de materiales acumulados. Hay gran cantidad de escoria y cenizas, lo que parece indicar la presencia de hornos de fundición de metales”.

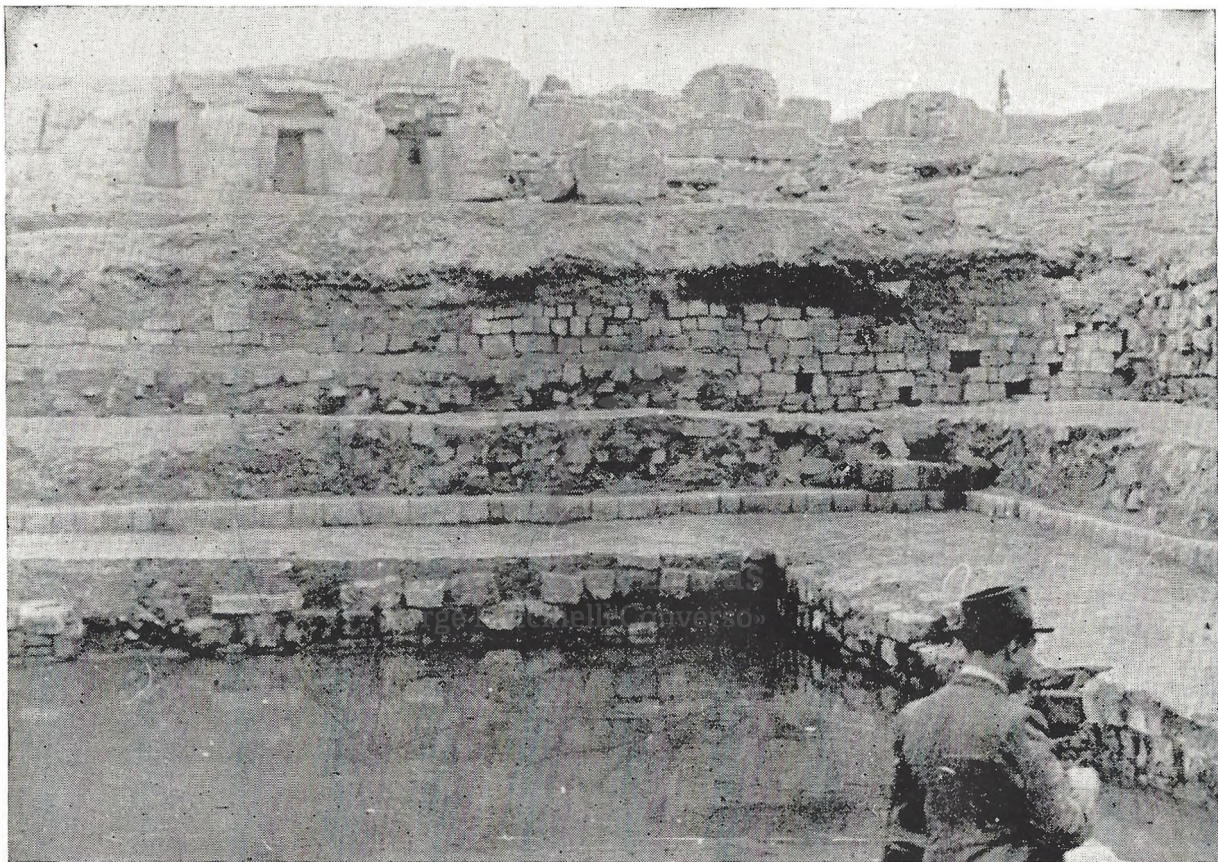
“Las galerías recuerdan por su estilo a las del templo de Chavín algunos fragmentos de alfarería que todavía no he estudiado a fondo, indican igualmente que alguna relación hubo con la cultura de Chavín. La cisterna está situada sobre una corriente subterránea. Cabe anotar que es la primera vez que reconstruimos el sistema de aprovisionamiento de agua en una población del antiguo Perú. Excavaciones de prueba que hemos multiplicado, nos han permitido ver un gran muro de piedras labradas, una gran terraza en forma de herradura que bordea la tierra cultivada, restos de un templo piramidal análogo al de Pachacámac y varias terrazas de grandes proporciones”.

“Parece que nos hallamos ante una ciudad de cultura análoga a la del Cusco, que abandonada por causa no conocida con certeza, fué sede más tarde de nuevos pobladores que construyeron primero con piedra no labrada y finalmente con adobe y barro que es lo que conocíamos en ese lugar hasta hace poco”

A estas declaraciones habría que agregar el descubrimiento de nuevas cisternas y una verdadera red de acueductos que, según parece, van a desembocar a la laguna que se conoce con el nombre de “Laguna de los Patos”. Así mismo la extensión y profundidad de los muros descubiertos ha aumentado considerablemente, pudiendo afirmarse que estamos en posesión de datos, aún incompletos, que nos llevarán a conclusiones insospechadas.

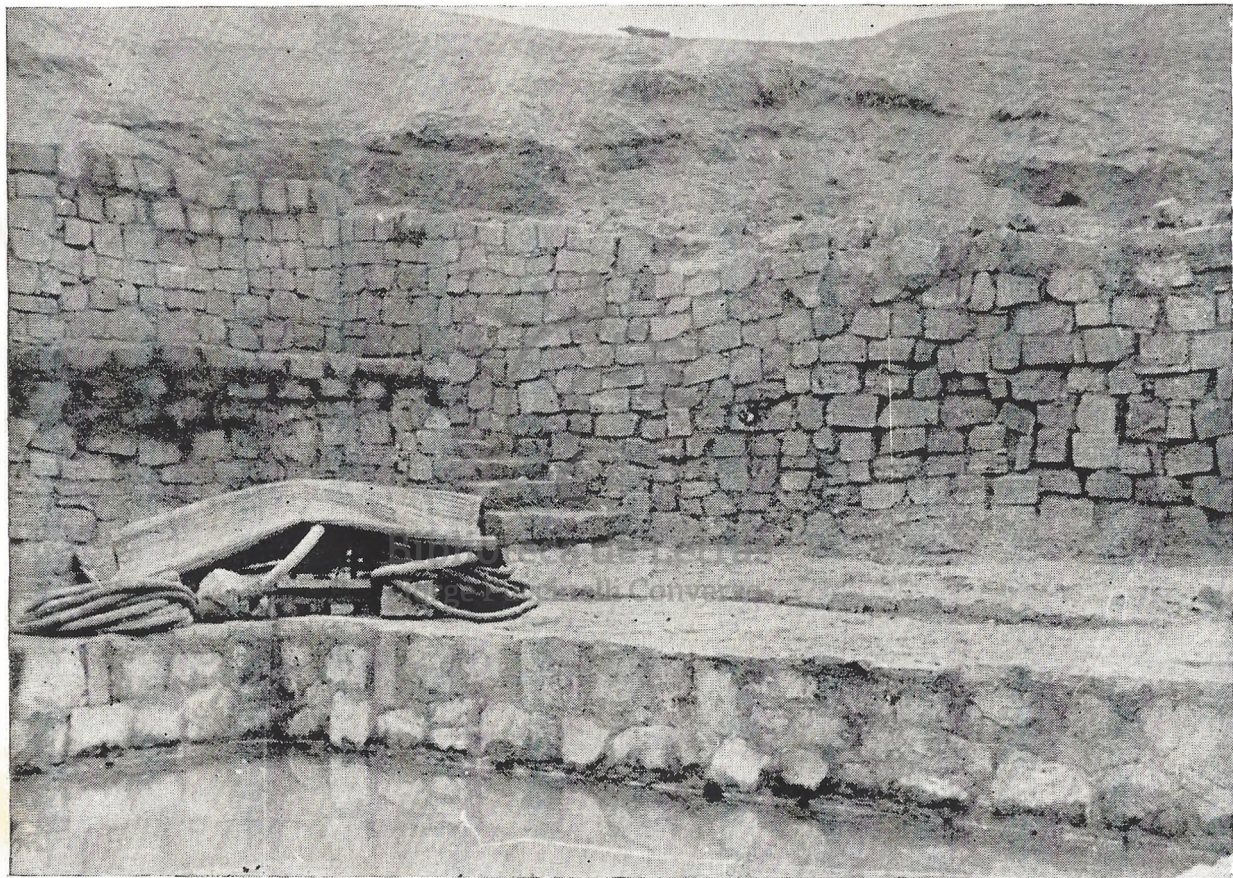


Muros de piedra labrada descubiertos cerca del Palacio de las Mamaconas (Pachacamac).



Piscina en la explanada anterior al Palacio de las Mamaconas (Pachacamac).
En el fondo las puertas trapezoidales del palacio.





Piscina delante del Palacio de las Mamaconas (Pachacamac).

En síntesis, y ordenadamente, el estado de los nuevos descubrimientos, es el siguiente:

a) Muros de Piedra Labrada y Tallada.

Comenzando desde el montículo llamado por Tello “La Casa de Urpi Wachak”, montículo de basurales situado en una colina frente al Templo del Sol, tenemos:

1.—doble muro de piedra labrada, aún no descubierto en toda su extensión y en donde actualmente trabajan varias cuadrilla de operarios. Avanza en dirección SO. NE. y tiene, hasta hoy, más de 300 metros.

2.—muro de piedra labrada, frecuentemente interrumpido por derrumbes y no descubierto totalmente, que partiendo de una pequeña colina parece que se uniera formando ángulo con el anterior; avanza en dirección SE. NO.

3.—En dirección NE.-O. tenemos un verdadero conjunto de muros, con hermosas piedras labradas en la base y que forman una sucesión de galerías y compartimientos. La parte superior de algunos de estos muros ha sido reconstruida, especialmente los que forman el rectángulo en que se encuentra la primera cisterna.

4.—Gran muro recto, reconstruido también en su parte superior, y que avanza en dirección SE.-NO.; en sus cimientos también se encuentran piedras talladas, al parecer estilo Cusco Viejo.

5.—Formando magnífico ángulo con el anterior, está un muro compuesto casi en su totalidad por piedra tallada, que avanza paralelo al primero de los muros descritos. Este es, sin duda alguna y hasta el presente, el más bello de los muros descubiertos, siendo también el primero en encontrarse.

6.—El muro anterior en vez de seguir en dirección a la llamada “Laguna de los Patos”, bruscamente se desvía en dirección NO., observando una forma irregular

y predominando en él la piedra labrada. Este muro se pierde muy cerca del camino que lleva actualmente a las ruinas.

b) En cuanto a las cisternas, que son cinco, ellas pueden fácilmente ser localizadas gracias al croquis. Sólo diré que la primera y la segunda están perfectamente delineadas, notándose todas sus dimensiones; la tercera y la quinta están simplemente perfiladas; y en cuanto a la cuarta, después de haber sido descubierta y estudiada sufrió las consecuencias del derrumbe de la arena de un colina que se encuentra en uno de sus costados.

c) Intimamente relacionado con el sistema de cisternas, está el de acueductos, en forma tal que los indicios que se tienen durante los trabajos de unos y otras, se complementan y dan nuevos derroteros. La dirección de los acueductos también es fácilmente perceptible gracias al croquis.

Debo agregar que todos estos hallazgos han sido hechos en una zona insospechada, ya que antes constituía una apreciable explanada donde se estacionaban los vehículos. El conjunto de ruinas más cercano es el Templo de las Mamaconas, que queda justamente arriba del muro de piedra tallada y de la segunda cisterna.

VALOR DE PACHACAMAC PARA ESTABLECER LA CRONOLOGIA CULTURAL EN EL PERU.

Dos teorías, especialmente, polarizan toda la discusión sobre el origen y sucesión de las culturas en el Perú. La primera es la del doctor Julio C. Tello, denominada por algunos "Autoctonista" y la segunda la del profesor alemán Max Uhle, llamada de "Las Importaciones Culturales Centro-Americanas".

Hacer la exégesis de cada una de ellas, no es materia de

este artículo; sin embargo, expondré ligeramente los lineamientos generales de cada una para poder apreciar el mérito de los recientes descubrimientos hechos en Pachacámac y su importancia para establecer una definitiva cronología cultural en el Perú.

Tello cree que las etapas culturales del Perú han sido tres: Epoca Megalítica Arcaica Andina; Culturales del Litoral y Confederaciones Tribales, que culminan con el Imperio de Tahuantinsuyu. Para el arqueólogo peruano la cultura se inicia, posiblemente, en la Montaña; asciende a la Sierra donde se tonifica y adquiere caracteres peculiares en Chavín y Tiahuanaco, pasando después a la Costa donde origina culturas locales. Por último, efectuada la destrucción de Tiahuanaco, por causas aún no establecidas, surgen confederaciones de tribus, siendo la más poderosa la de los Incas, que logra unirse o dominar a las demás.

Para Uhle el proceso cultural es inverso. Se inicia en la Costa con las Culturas Protoides, después de un período de pescadores primitivos; pasa luego a la Sierra donde se origina Tiahuanaco, como máximo exponente; destruído este Imperio Megalítico, vuelven a surgir las pequeñas naciones, a las que se impone la Confederación Incaica.

Para Tello los prolegómenos están en la Selva y la cultura se inicia con caracteres propios en la Sierra. Para Uhle la cultura comienza en la Costa y proviene de Centro América. Cada uno de estos arqueólogos sustenta sus afirmaciones en hallazgos arqueológicos propios. Es innegable que hasta hace poco las opiniones han estado sumamente divididas; sin embargo, los últimos descubrimientos inclinan la razón hacia el arqueólogo peruano.

En Moche y Pachacámac demostró Uhle la cronología cultural en las cinco etapas enunciadas. Chavín, Paracas y Nazca impulsaron la tesis de Tello. Hoy Pachacámac pa-

rece que va a definir la situación. Y la va a definir porque si efectivamente bajo las construcciones de adobe se encuentran restos de una antiquísima cultura lítica, semejante a Cusco Viejo y a Chavín, es indudable que a este valle costeño llegó primero la cultura serrana, perdida después por causas ignoradas, levantándose sobre sus ruinas los edificios de adobe, característicos de los pueblos costeños.

Pero quedan algunas interrogantes que antes se deben responder. ¿Las piedras talladas encontradas en las bases de los muros, son realmente estilo Cusco Viejo? ¿Se han enviado muestras de estas piedras a algún Instituto Técnico para hacer su análisis? ¿Fueron traídas desde la Sierra o se extrajeron de alguna cantera cercana? Algo más ¿Porqué en la base misma, en el piso, de los corredores sólo hay piedra labrada que está a mayor profundidad que la piedra tallada de los muros? Es cierto que la mayoría de los acueductos están a cierta profundidad, pero el acueducto mayor que se inicia cerca del actual Tambo y que parece terminar en la segunda cisterna, está a escasos centímetros de la superficie; solo tiene piedra labrada y casi rústica y parece corresponder a una etapa reciente.

Desde luego las indicaciones anotadas no constituyen objeciones. Son simples observaciones de estudiante. Creo, eso sí, que sólo dilucidando todos y cada uno de los problemas que se planteen se puede dar luz definitiva sobre el debatido e interesante punto de nuestra cronología cultural. Y, claro está, se respondan o no las objeciones que se puedan formular, éllas en nada han de empañar la grandiosidad de los restos arqueológicos, descubiertos gracias a la tesonera acción del Profesor Tello.

LUIS BEDOYA REYES.